

12

El fundamento ontológico de las clasificaciones (y una disgresión sobre la Biblioteca de Babel).

Conferencia magistral leída el siete de julio en el XII Coloquio de Investigación Bibliotecológica.
Guillermo Hurtado.

Clasificar es una tarea que hacemos todos los días. Clasificamos a los restaurantes en caros y baratos, a los amigos en leales y desleales, a los triángulos en escalenos, equiláteros e isósceles. Como su nombre lo indica, clasificar es la actividad de dividir un número de objetos en distintas clases o conjuntos. Hay muchos tipos de clasificación, no es lo mismo clasificar las objetos de mi escritorio que los objetos de la galaxia, pero su forma es siempre la misma: se toma un conjunto de objetos - que llamaré el *conjunto-base* - y se parte en varios subconjuntos según un criterio dado. El problema de la clasificación ha sido tratado ampliamente en las ciencias desde su origen. Voy a decir algo sobre problemas de clasificación en ciencias naturales, pero mi ponencia no va a tratar de estos problemas, que no son los suyos, ni tampoco los míos. Mi presentación se puede dividir en dos partes. En la primera, mi intención es hacer una reflexión filosófica sobre la naturaleza de la clasificación. Lo que me interesa es investigar la relación que hay entre algunas características del conjunto base y algunas características de las clasificaciones posibles de dicho conjunto. En la segunda parte diré algo más específico acerca de la clasificación de una biblioteca, pero no de una biblioteca cualquiera, sino de la que podemos llamar la Biblioteca Universal, es decir, la que contiene todos los libros posibles. Mi reflexión sobre esta biblioteca imaginaria - la única de la que me atrevo a hablar enfrente a ustedes - me permitirá retomar algunos temas de la primera parte y también decir algo - lo cual es una tentación que no resisto - acerca de la biblioteca como un lugar no sólo físico sino espiritual - para usar una palabra algo en descrédito. Debo advertir que mi comentarios finales serán muy personales, y especialmente

lo parecerán en comparación con los temas abordados al principio de mi ponencia; también podrán parecer a algunos algo reaccionarios. Pero así salieron las cosas y no pude evitarlo. Empecé a escribir como un filósofo y acabé escribiendo como alguien que ama a los libros.

Para empezar conviene distinguir el significado de cuatro conceptos que, en un descuido - por cierto, bastante común - podrían parecer sinónimos; me refiero a los conceptos de

- (i) ordenación,
- (ii) partición,
- (iii) clasificación, y
- (iv) jerarquización.

Una ordenación no implica necesariamente una clasificación y, por tanto, como veremos más adelante, tampoco implica una partición o una jerarquización. Por ejemplo, uno puede ordenar los documentos de un archivo de acuerdo a su fecha de ingreso sin clasificarlos. Una clasificación, por otra parte, tampoco implica necesariamente una ordenación, ya que los libros de un acervo pueden estar clasificados y sin embargo estar en desorden.

Ahora bien, una clasificación y una jerarquización - aunque no una ordenación - requieren de una partición. El concepto de partición es un concepto perteneciente a la teoría de los conjuntos que se define de la siguiente manera:

- (v) Una partición de un conjunto X es una colección de subconjuntos no vacíos de X cuya unión es X .

Una partición puede ser arbitraria, es decir, puede hacerse sin seguir ningún criterio al acomodar los elementos en los subconjuntos. En cambio, una clasificación requiere de un criterio para acomodar los elementos del conjunto-base en los subconjuntos. Por tanto, una clasificación puede definirse como una partición hecha bajo cierto criterio, que llamaré, de ahora en adelante, *criterio clasificatorio*. Por ejemplo, cuando acomodamos lo que compramos en el mercado en distintas bolsas hacemos una partición del conjunto-base del mandado. Si acomodamos todo de prisa, sin fijarnos, no estamos clasificando

nuestra compra. En cambio, si pusiéramos en una bolsa todas las frutas y en otra todas las verduras, nuestra partición sería también una clasificación, ya que seguiría el criterio de acomodar los comestibles según su tipo. De esta manera, si bien un conjunto puede tener varias particiones, no toda partición equivale a una clasificación del mismo.

Una jerarquización, por otra parte, es un tipo de clasificación en el cual hay algún tipo de relación de subordinación entre los subconjuntos del conjunto base. Por ejemplo, la clasificación por género y especie es jerárquica porque las especies están subordinadas a los géneros. Las clasificaciones jerárquicas son de gran importancia en ciencias naturales y ciencias sociales. Como veremos abajo las clasificaciones jerárquicas tiene ciertas características especiales. Sin embargo, ya que puede haber muchos tipos de clasificaciones no-jerárquicas, sería un error sostener que las propiedades de las jerarquizaciones valen para todas las clasificaciones.

Clasificar, pues, es partir un conjunto según un criterio. Ya que el concepto de partición lo hemos definido anteriormente debemos ahora elucidar el concepto de criterio clasificatorio.

Imaginemos que nos dan un montón de canicas iguales en todo salvo en que unas son azules y otras blancas, y nos piden que las clasifiquemos de algún modo. La manera más obvia de clasificar este conjunto es separar las canicas según su color, poner de un lado las blancas y de otro las azules. En este caso el criterio de clasificación sería una regla de este tipo: si una canica es de color azul entonces pertenece a un subconjunto X y si la canica es blanca pertenece a otro subconjunto Y. El que una canica cualquiera pertenezca al conjunto X va a depender su semejanza específica con las canicas del conjunto X y su desemejanza específica con las canicas del conjunto Y. Por tanto, podríamos definir a un criterio de clasificación como una regla que divide a los elementos de un conjunto dado de acuerdo a ciertas semejanzas y desemejanzas cualitativas entre sus elementos. La aplicación de cualquier criterio clasificatorio, por tanto, depende de la existencia de dichas semejanzas y desemejanzas en el conjunto-base. En otras palabras, la

existencia de dichas semejanzas y desemejanzas es la condición ontológica fundamental que debe cumplir el conjunto-base para que pueda clasificarse. Por tanto, si no existen semejanzas y desemejanzas cualitativas en un conjunto, entonces dicho conjunto es inclasificable aunque esto no implica que sea impartible (todo conjunto de más de un elemento es partible).

En realidad, lo verdaderamente necesario para la clasificación es la existencia de desemejanzas, ya que un conjunto puede clasificarse en un número de subclases idéntico al número de elementos. Por ejemplo, supongamos que nos dan un montón de canicas absolutamente iguales, es decir con el mismo peso, misma textura, misma forma y mismo color y que nos piden que las clasifiquemos. Las canicas de este montón son inclasificable ya que no hay desemejanzas cualitativas entre ellas. Sin embargo, se pueden partir de muchos modos. Para clasificar el montón de canicas en cuestión debemos crear un criterio, no encontrarlo y para crearlo debemos crear desemejanzas. Por ejemplo, podemos partir el montón poniendo una parte de las canicas en una caja amarilla y poniendo el resto en una caja azul. Una vez que las hemos partido así, podemos clasificarlas según la caja donde se encuentran. Lo que debe subrayarse es que nosotros fuimos quienes creamos la diferencia entre las canicas que permitió dividir el conjunto original en subconjuntos. En este caso no encontramos clases naturales, sino que nosotros partimos, de una manera literal, el conjunto-base y por tanto creamos las condiciones para tener un criterio clasificatorio.

Hay filósofos que, siguiendo el sentido común, sostiene que en el mundo existen clases naturales, es decir conjuntos de objetos cuya semejanza cualitativa no depende de nuestra labor clasificatoria. En otras palabras, nosotros no hacemos a las clases naturales, sino que las descubrimos. Una concepción de la ciencia asume que la labor de cierto tipo de científico, por ejemplo, de un biólogo es hacer un inventario de las especies que hay en el mundo. Sin embargo hay filósofos - los llamados idealistas - que han sostenido que no hay clases naturales, que todas las semejanzas y desemejanzas cualitativas son producto de la mente. Esto no es el lugar para ofrecer argumentos en contra de la postura

idealista, pero es importante que nos demos cuenta que la manera en la que hemos explicado como se pueden crear las desemejanzas entre las canicas no puede servir como explicación de cómo la mente crea la diferencia entre las cosas del mundo, que, según el idealista, sin la intervención humana, serían totalmente indiferenciadas, como los *noumena* Kantianos. Los idealistas pretenden que la mente clasifique lo que de hecho no sólo es indiferenciado, sino carente en lo absoluto de propiedades, pero la pregunta que debe responder, y dudo mucho logre hacerlo, es como podría siquiera partirse un conjunto de objetos que no tienen ningún tipo de propiedades o relaciones con otros objetos.

Antes de pasar a otro punto quisiera remarcar que las semejanzas y diferencias en el conjunto base se pueden encontrar o crear. Si no me equivoco lo que se hace en las bibliotecas es siempre lo primero: encontrar semejanzas y desemejanzas entre los libros; y esto distingue la clasificación bibliográfica de otros tipos de clasificación en donde la diferencia entre los objetos a clasificar depende finalmente de quien hace la clasificación. Más aún, la búsqueda que tienen que hacer los bibliotecarios para clasificar un libro va al contenido mismo del libro. Es decir, los libros no se clasifican según su color, su tamaño, o ninguna de sus propiedades físicas - todo esto es irrelevante - sino por lo que dicen las palabras impresas en ellos. Encontrar semejanzas y desemejanzas en el contenido de un libro es una tarea muy difícil, que ni siquiera los expertos en el tema a veces pueden determinar con exactitud. Se trata de desemejanzas muy sutiles, difíciles de determinar. Clasificar una biblioteca, por supuesto, no es lo mismo que clasificar un montón de canicas blancas y azules.

Hay muchos casos en que el conjunto-base contiene elementos que son distinguibles de varias maneras y, por tanto, para clasificarlos debemos escoger un criterio entre muchos. Cuál es el criterio de clasificación que debemos escoger depende, por supuesto, de nuestros intereses. Esto es lo que sucede en la mayoría de las ciencias, en donde el criterio de clasificación que se elige es el que nos permita tener más poder explicativo. Por ejemplo, durante mucho tiempo se clasificó a los animales en terrestres, acuáticos y aéreos. Pero esta clasificación no

tiene el poder explicativo de la clasificación actual en mamíferos, reptiles y peces. Sin embargo, hay casos en los que hay que conciliar más de un interés en un mismo criterio de clasificación, y en este caso el criterio puede ser complejo. Por tanto es importante tener algún tipo de criterio no pragmático para poder escoger una entre otras clasificaciones de un mismo conjunto-base.

Tradicionalmente se han dado tres normas para determinar cuando una clasificación es buena. A continuación examinaremos cada una de ellas y luego procederemos a criticarlas:

- (1) La primera norma es que la clasificación debe ser *exhaustiva*, es decir, que todos y cada uno de los elementos del conjunto-base debe estar en alguno de los subconjuntos de la partición. Por ejemplo, si partimos el conjunto de los países del mundo en países de América y Asia, los países de los demás continentes quedarán fuera. La norma de exhaustividad es, en realidad, un requisito impuesto por la definición de partición, ya que en ella se sostiene que los subconjuntos de la partición deben dar como resultado el conjunto-base cuando los unimos.
- (2) La segunda norma es que la clasificación debe ser *exclusiva*, es decir, que los elementos del conjunto-base no pueden estar en más de un subconjunto a la vez. Por ejemplo, si dividimos el conjunto de los países de América en países que tienen costas y países que tienen llanura, resulta que todos van a caer en uno de los dos subconjuntos, ya que los países sin costa tienen llanura, pero habrá muchos que caigan en los dos subconjuntos, ya que muchos países de América tienen costa y llanura. La norma de exclusividad, a diferencia de la norma de exhaustividad, no está implicada por la definición formal de partición, ya que aunque los subconjuntos de la partición tengan elementos en común, su unión igual dará como resultado el conjunto-base.
- (3) La tercera norma es que la clasificación debe estar basada en *un mismo criterio*. Por ejemplo, si dividimos a los países de América en países al sur del río Bravo y países miembros de la OTAN, nuestra clasificación será exhaustiva y exclusiva - ya que todos los países de América al norte del Bravo son de la OTAN - pero el criterio no será homogéneo, ya que mientras el primer criterio es

puramente geográfico, el segundo es de otra índole. Esta norma, que llamaré norma de unicidad de criterio, se aplica más bien en las ciencias, tampoco está implicado por la definición formal de partición.

Un problema para seguir estas normas es que muchas veces trabajamos con un conjunto-base que no está cerrado. Esto puede deberse a que ignoremos cuantos objetos hay en el conjunto-base. Por ejemplo, no conocemos todas las especies de insectos que hay sobre la tierra, por lo que una clasificación de los mismos no puede ser exhaustiva; siempre podemos encontrar un ejemplar que no pertenezca a las especies conocidas. Pero nuestra clasificación podría también dejar de ser exhaustiva si el conjunto-base cambiara constantemente, ya sea creciendo o decreciendo. Para usar de nuevo el ejemplo de los insectos, todos los días desaparecen y aparecen especies de insectos. En este caso ningún criterio clasificatorio puede ser exhaustivo, ya que constantemente se generan insectos que no caen en ninguna de las especies conocidas - y esto es, a fin de cuentas, casi un corolario de la teoría de la evolución. Por tanto, podemos concluir que no siempre es posible tener una clasificación exhaustiva de un conjunto de objetos dado.

Tampoco es frecuente tener la garantía de que nuestras clasificaciones sean exclusivas. Por ejemplo, hay seres - las llamadas algas azules - que pueden clasificarse como animales y como plantas ya que cumplen con criterios que los ubican en ambos subconjuntos. Lo mismo pasa con las bibliotecas. Hay muchos libros que son en parte de literatura y en parte de historia, en parte de filosofía y en parte de ciencia. Yo no sé de esto, pero me parece que meter con calzador alguno de estos libros en una sola disciplina sería una injusticia al autor y al libro mismo. Por lo que acomodarlos en más de una disciplina no implicaría que el criterio sea equivocado - no nos encontramos con un caso como el del bibliotecario que acomodó *La Ciudad de Dios* de San Agustín en la sección de urbanística - sino que hay libros que de hecho pertenecen a dos o más disciplinas en distintos grados. Durante mucho tiempo hemos pensado de una manera más bien dogmática que todos los conjuntos tienen siempre bordes precisos, es decir,

que una cosa pertenece o no pertenece a un conjunto. Sin embargo, recientemente se ha empezado a atacar este dogma de una manera muy exitosa no sólo desde un punto de vista teórico sino tecnológico. Desde hace una más de una década hemos sido testigos del desarrollo de la teoría de los conjuntos difusos (en inglés *fuzzy sets*) y más recientemente han aparecido en el mercado todo tipo de máquinas - por lo general, hechas por los japoneses - que trabajan con una lógica difusa, por ejemplo, refrigeradores, ferrocarriles, cafeteras. En la teoría clásica de los conjuntos había una regla de todo o nada con respecto a la pertenencia de un objeto a un conjunto. La regla decía que un objeto debe pertenecer totalmente al conjunto o no pertenecer a él, pero que no había términos medios. Esta regla conjuntista tiene una versión ontológica que sostiene que un objeto tiene una propiedad del todo o no la tiene del todo, pero no puede haber grados en la posesión de la propiedad. Sin embargo, el sentido común nos indica que el mundo no es así. La mayoría de las propiedades permiten una pertenencia gradual. Por dar un ejemplo, hay muchas cosas bellas pero hay cosas más bellas que otras, muchas cosas feas y también otras más feas que otras y finalmente cosas que no son ni bellas ni feas, es decir, que son menos feas que las cosas feas y menos bellas que las cosas bellas. La belleza y la fealdad tienen grados y por tanto el conjunto de las cosas bellas y de las cosas feas tienen una escala que en algún momento puede confundirse. Lo mismo sucede con las propiedades de ser algo, de ser inteligente, de ser patriota y con muchísimas otras. Una consecuencia importante de lo anterior es que si una clasificación quiere ordenar ciertos objetos según su pertenencia objetiva a un conjunto difuso, entonces dicha clasificación tendrá que ser flexible de tal modo que pueda reproducir el hecho objetivo de que estos objetos pertenecen de una manera gradual al conjunto difuso en cuestión. Tengo entendido que se están desarrollando sistemas de clasificación de libros que reconocen el hecho objetivo de que los libros caben de una manera gradual en más de una materia. Creo que cuando estos sistemas estén en funcionamiento la clasificación de una biblioteca será algo más cercano lo hechos.

Finalmente, con respecto a la norma de la unicidad de criterio, podemos decir

que hay muchos casos de clasificación que requieren la uso conjunto de más de un criterio en su sistema de clasificación. Tal es el caso del sistema de clasificación que se usa en muchas bibliotecas en donde un libro se clasifica según un mapa de coordenadas en donde se considera su tema, subtema, área geográfica, época, autor, etc. La unicidad de criterio puede brindar elegancia y simplicidad a la clasificación, pero esto no siempre implica precisión y éxito en la misma. Es más, me parece que esta norma en realidad es más adecuada a las jerarquías que a las clasificaciones.

Para concluir con esta parte, podemos decir que hay casos en que las clasificación de un conjunto-base no puede ser ni exhaustiva, ni exclusiva, ni unívoca y que esto no significa que la clasificación sea mala o inútil, sino que, al contrario, que es más cercana a los hechos y puede ser más adecuado a nuestros fines. El resto de mi ponencia se ocupará menos de cuestiones menos abstractas aunque no por eso desconectadas de la clasificación.

Hace poco, cuando acudí a la biblioteca del Instituto donde laboro buscando inspiración para esta conferencia, descubrí algo que me llamó poderosamente la atención: que no sólo que el método de clasificación que se utiliza ahí es el mismo de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, sino que la clasificación que se le da a los libros impresos en dicho país es la misma que la que se le ha asignado la mencionada biblioteca. Dejando a un lado el posible aspecto imperialista de esta convención, me parece más interesante señalar la aparente conveniencia - en un mundo cada vez más integrado - de tener una clasificación universal que tome como referencia a la biblioteca más grande del mundo. Lo que me preocupa es algo que puede resultar como una consecuencia de lo anterior. En un futuro no muy distante, cuando toda la información esté digitalizada, quizá todas las bibliotecas serán la del Congreso de los Estados Unidos. Por medio de la computadora se tendrá acceso directo a su información, por lo que es previsible que todas las demás bibliotecas serán redundantes. Como en el caso de la lucha entre las grandes transnacionales y las empresas pequeñas, el pez grande se comerá al chico y sólo existirá el inmenso supermercado del

conocimiento, al que todos acudiremos cuando necesitemos información o esparcimiento. Quizá esto sea lo mejor, quizá en esto consista el progreso, pero a mi no me gusta esta idea y el resto de mi ponencia la dedicaré a explicar por qué.

De algún modo, una clasificación universal es como una radiografía del avance del conocimiento. Una clasificación exhaustiva de una biblioteca que tenga libros sobre todos los temas, es como un espejo de todos los aspectos de la realidad tocados por el hombre. De esta manera, las clasificaciones que se le han dado a las grandes bibliotecas han correspondido a la estructura del conocimiento de cada época. El catálogo de la biblioteca de Alejandría, por ejemplo, dividía las obras en poesía, historia, filosofía, oratoria y una sección de miscelánea. En las bibliotecas medievales había siete divisiones para textos religiosos y siete para las artes liberales, a saber, gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, música y astronomía. Las clasificaciones contemporáneas son mucho más extensas. En un sistema de clasificación como el de Dewey, se busca incluso que la clasificación vaya de lo más general a lo más particular. De esta manera, se empieza con diez clases principales que a su vez se dividen en 10 y a su vez en 100. Valga señalar que si bien la clasificación decimal puede ser muy útil, no deja de parecer arbitrario que todas las disciplinas por igual se dividan en el mismo número de subdisciplinas. Algunas disciplinas deben tener más subdivisiones que otras, y mientras más avance el conocimiento es posible que todas tengan más. Pero lo que más me llama la atención del sistema Dewey es la pretensión - muy del siglo XIX - de tener un panorama exhaustivo y jerárquico de todos los temas de sobre los que se ha escrito y que este panorama sea el mismo para todas las bibliotecas. Sin embargo, creo que lograr un panorama exhaustivo es muy difícil hoy en día dado el crecimiento desorbitado de las materias sobre los que se escribe. Hace a penas diez años nadie escribía sobre las computadoras portátiles, ni sobre la guerra del Golfo, ni sobre las películas de Almodóvar. Además desde hace siglos la ciencias tiende a la especialización, lo cual tiene como consecuencia que se escribe sobre temas cada vez más específicos, como el funcionamiento de una enzima en el hígado del borrego cimarrón o el uso de la coma en los documentos

oficiales escritos en Oaxaca en el siglo pasado. Parece, por tanto, que mientras más avance el conocimiento, más rápido nos dirigimos hacia lo que podríamos llamar la Biblioteca Universal.

El ideal de la Biblioteca Universal ha sido plasmado con perfección en el hermoso cuento de Borges "La Biblioteca de Babel". En esta narración, Borges describe una biblioteca que contiene todos los libros posibles, es decir, todos los libros que se han escrito, los que aún no se escriben y los que jamás se van a escribir. Quizá para algunos lectores hambrientos esta biblioteca sería lo más cercano al paraíso. Me los imagino recorriendo sus pasillos interminables, buscando libros que no existen, ni existirán jamás, como la historia verdadera de la conquista de Inglaterra por los turcos, las memorias de mi abuela o las obras completas de Hegel publicadas en náhuatl. O libros que jamás encontrarían editor - vaya, ni siquiera en la UNAM - como la crónica de este preciso instante, la historia del panal de abejas que cuelga del techo de mi casa, la relación de todos las veces que he estornudado esta semana. Pero yo creo que esta biblioteca - que a primera vista podría parecer el paraíso del lector curioso - podría convertirse en un infierno para el que la habite sin poder salir rápidamente de ella. Estar encerrado en la Biblioteca Universal sería todavía más frustrante de lo que ya lo son las enormes bibliotecas de nuestros días, en los que una vida de las nuestras - cada vez más corta para sentirse bien leído - apenas alcanza para que repasemos una pequeña parte de los millones de libros acomodados en kilómetros y kilómetros de estantes. Para gozar de esta biblioteca infinita habría que ser inmortales y no aburrirse de leer más o menos siempre la misma historia. O ser mortales y tener el deseo de leer algo que nunca hemos leído. Por eso, Borges nos cuenta como los hombres que habitan en la Biblioteca se proponen encontrar libros especiales y únicos, como el de la justificación de su propia vida, el libro que contenga todas las verdades, el que contenga los poemas más hermosos que jamás puedan existir o, el más valioso de todos, el que diga donde está cada libro que hay en la biblioteca. Estas búsquedas toman toda la vida y casi siempre son infructuosas. No sólo por la cantidad de libros que hay en esta biblioteca sino

porque, según como la describe Borges, no está ordenada. Los libros están todos revueltos en un desorden universal - que Borges llama El Orden - aunque hay la conjetura de que habría un libro que tuviera el catálogo íntegro de la biblioteca. La Biblioteca de Babel no podría estar ordenada en secciones y si lo estuviera quizá sería más infernal de lo que ya nos parece. Para pasar de una sección a otra se nos iría la vida de por medio ya que el número de libros en cada sección podría ser infinito. Por ejemplo, pensemos en la sección de libros de Aristóteles, aquí estarían todos los libros que quiso escribir Aristóteles y nunca pudo escribir, los libros que Aristóteles no quiso escribir pero pudo haber escrito, los comentarios a todos estos libros de Aristóteles y todos los comentarios a los comentarios, las traducciones de todos estos libros en todos los idiomas existentes o no existentes, todos los libros que son en parte sobre Aristóteles y en parte sobre cualquier otra cosa y así hasta nunca acabar. En esta biblioteca habría un infinito número de secciones, ya que habría un número infinito de materias. La clasificación de esta biblioteca universal sería el espejo de este mundo y de todos los mundos posibles. Todo lo que es y lo que no es estaría reflejado en ella. Esta digresión - que para algunos puede ya parecer demasiado larga - en realidad toca nuestro tema de una manera directa, lo que sale al descubierto es la aspiración de exhaustividad, la búsqueda de la clasificación universal. Pensemos en cada una de las ciencias, su ambición es llegar a tener un índice - a la manera del sistema Dewey - del área de la realidad que estudian. Un entomólogo busca tener una lista de todas las especies de insectos, un astrónomo la lista de todo lo que hay y todo lo que sucede en el cosmos. Como los desesperados habitantes de la biblioteca que buscan un libro sin hallarlo jamás, cada quien busca el catálogo que le dé la clasificación exhaustiva del área de la realidad o de la fantasía que le interesa. Quizá la más ambiciosa de estas búsquedas es la del ontólogo. La labor del filósofo que hace ontología, es descubrir las categorías más básicas de la realidad. Dewey nos da una lista de diez categorías fundamentales en las que caen todos los libros. El ontólogo busca las categorías fundamentales de todo lo que hay y no hay, ya sea un insecto, o una ley o una quimera. Y así mientras

entomólogos, ontólogos y demás hombres de ciencia buscan materias y divisiones como quien busca tesoros ocultos, el bibliotecario pacientemente las recolecta, las clasifica, las acomoda en los estantes. Sin él no podríamos representar la comedia. Mientras tanto, nuestras bibliotecas crecen y crecen. ¿Pero quién puede leer tantos libros? ¿Quién puede ser feliz en una biblioteca descomunal? Nadie, por supuesto, porque esa no es la función que se les ha dado. Más que espacios habitables, las bibliotecas actuales son como enormes bodegas.

Hay algunas personas que tienen la característica de amar a los libros como quien ama al género humano. Estas gentes se pueden encontrar los domingos en el mercado de La Lagunilla escarbando en los montones de libros viejos, buscando un libro especial o quizá sólo una sorpresa de a peso. También se les encuentra en las bibliotecas, repasando los ficheros, a veces sin buscar nada en específico, imaginando los libros a partir de sus fichas, como quien quiere adivinar una vida a partir de un retrato. Pero quizá su máximo placer es entrar al acervo de una biblioteca pequeña y perderse entre los estantes, sin buscar nada en especial, como quien se pierde en la multitud. Me pregunto si uno puede trabajar en una biblioteca y conservar este tipo de amor a los libros. Creo que en este caso, el amor toma una forma distinta, como en un matrimonio, se trata de un amor de convivencia diaria, de cuidados rutinarios, de dependencia mutua; lo que implica, es natural, que quizá algunos de ustedes, en sus malos ratos, lleguen a ver a su biblioteca como una carga, aunque sea una carga dulce. Quisiera recordar un hermoso pasaje de la novela de Elías Canetti *Auto da Fe* en donde una biblioteca personal es una carga de otro tipo. El personaje central de la novela, Peter Kein, es el sinólogo más importante del mundo, un erudito que no sólo vive de los libros - ya que es librero - sino que vive para los libros y entre ellos, su departamento es una enorme biblioteca. En este paraíso privado todo está bien hasta que la sirvienta de Kein, una mujer ignorante y detestable, decide apoderarse del departamento casándose con él. Después de algunas tragedias domésticas, Kein se ve despojado de su departamento y tiene que irse a la calle. Fuera de su mundo de libros, como el Quijote, pierde la razón, y entre sus

fantasías está la de que carga su biblioteca dentro de su cabeza. Canetti nos cuenta como, antes de acostarse, Kein pasa horas sacando los libros de su cabeza y acomodándolos a todo lo largo de su habitación con un cuidado y una dedicación conmovedoras. Por supuesto, Kein no sacaba todos los libros de un jalón, ni los amontonaba sin ton ni son. Los ponía siempre en el mismo orden. Y yo entiendo por qué lo hacía. El orden de una biblioteca es algo fundamental. Las veces que me he cambiado de casa, lo primero que hago al llegar al nuevo espacio es acomodar mis pocos libros. No soporto verlos en cajas o apilados en el piso. Tienen que estar en orden, clasificados del modo que yo he dispuesto para ellos, de tal manera que - como un camino que recorro todos los días y no deja de producirme placer - mis ojos puedan todas las mañanas pasar y repasar por sobre los lomos de mis libros, de principio a fin, como quien pasa lista a una fila de rostros conocidos y queridos. Yo siempre he pensado que quien no clasifica su biblioteca no sólo no la usa, sino que no la ama; no le otorga un lugar especial a cada uno de sus libros, no les otorga dignidad. Para los bibliotecarios, clasificar es parte de su trabajo, rutina que ejercen para su sustento, pero también es una de las maneras en la que le otorgan individualidad a su biblioteca, le imprimen su sello personal. Por eso no me gusta la idea de una clasificación universal, anónima. Prefiero que la Biblioteca de Babel esté en desorden, dispersa por todo el mundo; que haya muchas bibliotecas, que los libros no pierdan su dimensión humana y entrañable.